

Manfred HAUKE, *Heilsverlust in Adam. Stationen griechischer Erbsündlehre: Irenäus-Origenes-Kappadokier*, (Konfessionskundliche und Kontroverstheologie Studien, Band 58, Herausgegeben vom Johann-Adam-Möhler Institut), Bonifatius Verlag, Paderborn 1993, 850 pp., 13 x 20.

La enseñanza en torno al pecado original es formulación negativa de la verdad de fe que afirma que el Verbo se ha hecho hombre para la salvación de todos los hombres. Todos necesitamos la salvación, porque todos hemos pecado. Por esta razón la doctrina en torno al pecado original, como mostró el vigor con que San Agustín la defendió, ocupa necesariamente un lugar importante en el pensamiento cristiano. Las cuestiones relativas al pecado original, como es sabido, constituyen uno de los temas teológicos más apasionadamente debatidos en las décadas pasadas. Quizás la pregunta clave que se ha planteado con mayor insistencia a lo largo de estos años haya sido primordialmente de carácter hermenéutico: ¿Dónde reside la sustancia de la enseñanza de la fe que debe seguir manteniéndose hoy? ¿Las enseñanzas de la Iglesia con su concentración en el Concilio de Trento constituyen la expresión de una anticuada imagen del mundo o son pilares también de la Teología contemporánea?

Manfred Hauke afronta decididamente la cuestión de «la salud perdida en Adán» intentando dar cumplida respuesta a estas preguntas. Y para ello se sumerge profundamente en los testimonios que sobre este asunto ofrecen los Padres griegos de los cuatro primeros siglos. El A. accede a ellos en cuanto testigos de la fe y en cuanto pensadores de la mayor altura, es decir, los estudia con la admiración de quien conoce la grandeza de su pensamiento y con el respeto del cristiano que les reconoce como testigos cualificados de la fe de la Iglesia. M. Hauke accede a ellos, además, con la mentalidad del teólogo atento primordialmente al núcleo de la cuestión que investiga, a su relación con la Sagrada Escritura, a la coherencia interna que encuentra en la Teología patristica, y a sus implicaciones con el resto de las verdades cristianas. Las ciencias instrumentales, imprescindibles en un trabajo de este tipo, manejadas con solvencia, están puestas al servicio del aspecto fundamental: la cuestión de la salud perdida en Adán en su dimensión perenne, es decir, en su dimensión de patrimonio irrenunciable de la fe cristiana.

El estudio de M. Hauke tiene como final el análisis del rico pensamiento teológico expresado por los tres grandes Capadocios: Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio de Nacianzo. Para enmarcarlos convenientemente, M. Hauke analiza la tradición anterior comenzando por los Padres Apostólicos y Apologetas, y se detiene especialmente en el estudio del pen-

samiento de Ireneo y de Orígenes. El estudioso se encuentra, pues, ante un amplio volumen, en el que Hauke, sin prisas y sin omisiones importantes, le invita a recorrer la línea de pensamiento en torno al pecado original que sin solución de continuidad va desde los Padres Apostólicos hasta los tres Grandes Capadocios.

La primera parte del libro está dedicada a las cuestiones preliminares, muy importantes, si lo que interesa primordialmente es la cuestión teológica en sí misma considerada. Es en estas páginas donde, entre otras cosas, el A. presenta los momentos fundamentales de la enseñanza cristiana sobre el pecado original (pp. 20-24), la concepción agustiniana y su significado (pp. 24-30) y, sobre todo, los textos más importantes de la Sagrada Escritura relativos a lo acontecido en el exordio de la historia de la salvación (pp. 56-85).

La segunda parte (pp. 86-144) está dedicada al estudio de los Padres anteriores a Ireneo. El A. estudia la cuestión del pecado original en los Padres apostólicos sabiendo amoldarse con fina sensibilidad a las características peculiares de cada escrito. Se destacan aquí las características de su soteriología y de sus enseñanzas en torno al bautismo como *restauración* de lo que era en el comienzo. Se trata de rasgos que se comienzan a dibujar en el horizonte en el que se va a ir perfilando cada vez con mayor nitidez la enseñanza sobre el pecado original. Como es sabido, en estos comienzos de la vida de la Iglesia, la doctrina sobre el pecado original se encuentra aún en un estadio muy rudimentario. Así se ve, p. e., en el hecho de que la concepción paulina del paralelismo Cristo-Adán dentro de la historia de la salvación aún no ha encontrado un eco apreciable en estos escritos, y tampoco son sistematizados los temas veterotestamentarios del paraíso y la caída (p. 98). Algo parecido sucede con los Padres apologetas: cara al fatalismo pagano, destacan con fuerza la responsabilidad personal en el pecado y en la consecución de la salvación. Y sin embargo, concluye el A. —en la misma línea que L. Scheffczyk—, se dan claramente en Justino pensamientos de solidaridad entre Adán y la humanidad en lo concerniente al pecado (p. 118).

De hecho, en los Padres apologetas se comienzan a destacar ya elementos fundamentales en la doctrina del pecado original, y Manfred Hauke sabe ponerlos de relieve. Así sucede, p. e., con la cuestión de la imagen de Dios en el estado primero y la relación que tiene su pérdida con la culpa en Taciano (pp. 119 y 126), el tema de Adán-niño que se encuentra ya presente en Teófilo de Antioquía, y el pecado primero y sus consecuencias en lo que el A. llama «el primer comentario cristiano al comienzo del Génesis» (pp. 126-139). El A. concluye esta parte dedicando unas páginas

a la carta a Diogneto cuya doctrina coloca bajo el título «el tiempo de la injusticia y el ser cristiano como un paraíso reencontrado» (p. 139)

Muy oportunas y gratas son las páginas dedicadas a los homilias pascales del siglo II. Tanto Melitón de Sardes como el autor anónimo de la homilía *In Sanctum Pascha*, con la solemnidad propia de la noche santa, explican al pueblo la historia de la salvación en la que destacan la catástrofe del comienzo como contrapunto de la salud que es regalada en el misterio de la Pascua (p. 145). M. Hauke insiste con razón en que estas homilias, pertenecientes al medio geográfico de Asia Menor, pueden arrojar luz sobre el pensamiento de Ireneo. En efecto, se destaca en estas homilias que la pérdida de la salud es herencia de los hijos de Adán y que el pecado es vencido por la obra salvadora de Cristo. Melitón, observa M. Hauke citando los trabajos de E. Dassmann, preludea claramente a Ireneo (p. 166).

Casi cien páginas se dedican a Ireneo. Constituyen la parte cuarta, titulada *La atadura en la culpa de Adán según Ireneo*. En casi todos los apartados, el A. ha comenzado presentando la historia y estado de la investigación sobre el asunto. En Ireneo, este punto es de particular relevancia, y el A. facilita su comprensión con una páginas verdaderamente interesantes (pp. 197-204). Tras esto, con buen acuerdo, dedica unos párrafos a enumerar las enseñanzas de los gnósticos como contrapunto del pensamiento ireneano (pp. 204-207), para pasar después a los temas propiamente relacionados con la rica teología de Ireneo en torno a los orígenes desde lo concerniente al estado anterior al pecado y a la teoría de la niñez de Adán, hasta el estado del hombre tras la caída, la muerte como herencia de la caída, y el paralelismo Eva-María. El A. concluye con un apartado verdaderamente interesante dedicado a las fuentes de Ireneo en su enseñanza sobre el pecado original.

La parte tercera, también de casi cien páginas, está dedicada íntegramente a Orígenes. Tras unos apartados dedicados a cuestiones preliminares, M. Hauke entra en la cuestión de la preexistencia de las almas, a la que califica de punto neurálgico (p. 297) y de gran problema en el pensamiento de Orígenes (p. 302), y presenta después una detallada descripción de la historia y situación de la investigación en torno a la enseñanza del pecado original en el pensamiento de Orígenes (pp. pp. 305-313). El estudio del pecado original propiamente dicho comienza con las páginas dedicadas al paraíso y a la caída (pp. 314-333), y prosigue con el estudio de las consecuencias de la caída y la sanación del pecado original (pp. 361-426). Esta parte concluye con el análisis de dos cuestiones que, en este trabajo, se plantean habitualmente a cada autor: Si Orígenes es testigo del pecado original, y cuál es su posición en el camino que va de Pablo a Agustín.

La cuarta parte lleva un título elocuente por consistir precisamente en una neta afirmación: *Los tres grandes Capadocios como testigos de la enseñanza griega sobre el pecado original*. Los tres —subraya M. Hauke— se encuentran estrechamente relacionados por sus posiciones de fondo en materia cristológica y trinitaria. Pero esta estrecha relación no permite juzgarles como un bloque monolítico. Consecuente con este subrayado, M. Hauke analiza detenidamente a cada uno, siguiendo en su tratamiento —como en el resto de los autores— el esquema de pensamiento más apropiado para cada uno, mostrando al mismo tiempo sus claras diferencias de carácter y pensamiento.

El estudio de Basilio se inicia —tras la acostumbrada presentación de la historia y el estado actual de las investigación— con una exposición de la «intimidad con Dios en el estado original» en la que se destaca lo que esta relación tiene de regalo de la gracia (pp. 456-459). Al analizar las consecuencias de la caída original en el pensamiento de San Basilio, M. Hauke destaca la pérdida de la paradisiaca unión con Dios, el despertar de la concupiscencia, la tiranía del diablo, la esclavitud de la libertad y, como es natural, la conexión de la humanidad caída con Adán. El análisis del pensamiento de Basilio concluye con unas hermosas páginas dedicadas al paralelismo Cristo-Adán, al bautismo y al «retorno al paraíso, la ascesis y el monacato»

Parecido camino sigue el estudio de Gregorio de Nacianzo. Tras reseñar la situación de la investigación en torno a Gregorio, el A. comienza con la descripción de la situación original del hombre en cuanto unión con Dios, y la naturaleza y sentido de la primitiva libertad (pp. 510-519), para concluir con unas interesantes páginas sobre si el don de Dios de que se está hablando era una posesión o una promesa (pp. 524-525), sobre el don del Espíritu Santo y la dimensión sobrenatural del estado original. El estudio de la caída en cuanto tal es titulado así: *El primer pecado ¿malicia o fatalidad?* (pp. 529-535). M. Hauke continúa con el análisis de las consecuencias del primer pecado realizando una enumeración de cuestiones, parecida a lo que ya hemos visto en el tratamiento de Basilio (pp. 535-547), pero con unos apartados cuya formulación es particularmente interesante. Me refiero a los siguientes: Nuestro primer pecado en Adán, la peculiar situación de los niños, y a la razón de fondo de que exista esa solidaridad en la pérdida de la salud (pp. 548-557). Tras resumir la obra salvadora de Cristo en el planteamiento del de Nacianzo, M. Hauke concluye su estudio haciendo un esbozo de la peculiaridad de su pensamiento y, como es habitual en este libro, comparándolo con el de San Agustín.

El estudio de Gregorio de Nisa se inicia también con unas páginas dedicadas al peculiar significado teológico de Gregorio y al bosquejo de la

situación de los estudios nisenos en el terreno del pecado original. M. Hauke comienza su análisis del pensamiento de Gregorio deteniéndose en la descripción del estado original. Dedicar aquí unas páginas, como era de rigor, a la hipótesis de la doble creación y a la historicidad del paraíso (pp. 581-587), y prosigue su análisis con la descripción de los dones con que el hombre estaba enriquecido en el estado original: la primitiva semejanza con Dios, libertad y gracia, ser, bien, belleza, virtud y bienaventuranza. Dentro de esta temática, el A. se refiere, como es natural, al concepto niseno de *apátheia*, y a la vida primera en cuanto visión de Dios (pp. 590-605).

Como ha hecho con el de Nacianzo, M. Hauke estudia la caída original en el pensamiento niseno sometiéndola a la pregunta en torno a su inevitabilidad (pp. 612-621). Muy interesante el excursus en torno a la dimensión de culpabilidad del pecado (pp. 621-624). El análisis de las consecuencias del pecado original comienza con unos breves párrafos dedicados a las «túnicas de pieles» (pp. 624-625), y prosigue con temas como el «embrutecimiento» de la corporalidad y la concupiscencia, el enturbiamiento de la imagen de Dios, el extravío de la razón en el esclavizamiento de la libertad, y la tiranía de Satanás. Importantes las páginas dedicadas al pecado de la naturaleza humana en cuanto herencia, a la situación de los niños (pp. 642-659), y a la unión de la humanidad caída con Adán (pp. 661-670). Breves, pero yendo al fondo de la cuestión, las páginas dedicadas a la soteriología, al significado de la virginidad y del paralelismo Eva-María y a la consideración del bautismo como nuevo nacimiento y retorno al paraíso. El estudio sobre Gregorio concluye en la forma habitual: con los apartados dedicados al perfil singular de la interpretación nisena, al papel de Gregorio como testigo de la enseñanza sobre el pecado original y a su comparación con San Agustín.

El libro concluye con una quinta parte titulada *Momentos fundamentales y significado de la enseñanza griega sobre el pecado original*. Se trata, como es de rigor en este tipo de trabajos, de una cuidada síntesis conclusiva de la investigación realizada. No es este el momento de entrar en su descripción pormenorizada. El A. sigue un esquema lógico a la hora de presentar sus aportaciones, orden que facilita la comprensión de la gran riqueza teológica que late en los pensadores de estos cuatro primeros siglos de la vida de la Iglesia. El lector puede comprobar cómo los Padres griegos, precisamente por su estrecha conexión con la palabra revelada, por la inconfundible juventud de su pensamiento y por su amplitud de miras son no sólo testigos de la tradición viva de la Iglesia, sino teólogos cuyo pensamiento está llamado a enriquecer los planteamientos de la teología contemporánea, si se les sabe escuchar.

La investigación realizada por M. Hauke ha puesto todo esto de relieve. En ella se puede palpar aún algo más: el avance realizado en este siglo en el conocimiento profundo de los Santos Padres; y el hecho de que, en la medida en que se da este avance en la investigación teológica y patristica, en esa misma medida no sólo se enriquece el pensamiento teológico, sino que se confirman las líneas fundamentales de la lectura que la Iglesia ha hecho de los Santos Padres a lo largo de estos ya casi dos mil años.

Lucas F. MATEO-SECO

Mariano ARTIGAS, *Las fronteras del evolucionismo*, Ed. Palabra, Madrid 1991, 206 pp. 13,5 x 20 cm.; *El hombre a la luz de la ciencia*, Palabra, Madrid 1992, 254 pp. 13,5 x 20; *Ciencia, razón y fe*, Ed. Palabra, Madrid 1992, 198 pp. 13,5 x 20.

El profesor Mariano Artigas ha dedicado buena parte de su trabajo intelectual al estudio de la filosofía de la ciencia. Como fruto maduro de esta labor ha publicado estos tres libros, que se complementan mutuamente, aunque conservando suficiente independencia entre sí. Su objetivo es realizar una divulgación de la correcta interpretación de las cuestiones científicas referentes al origen del hombre y del mundo. En estos temas primordiales se han venido introduciendo en los últimos tiempos, en parte debido a su complejidad, equívocos que son, con frecuencia, errores de método científico. Para clarificar estos extremos, cada una de las tres obras toma un tema básico, alrededor del cual se estructura la explicación: lo que la ciencia puede y no puede decir en ese terreno, las interpretaciones habituales de esos datos científicos, las falacias más difundidas y las razones de su incongruencia, y un esbozo del modo correcto de enfocar la cuestión tratada.

Lo primero que sorprende —gratamente— en estas tres obras, es la integración de la ciencia moderna con una interpretación filosófica del mundo: Artigas afirma frecuentemente que la ciencia actual, aunque no puede considerarse único intérprete autorizado para la aproximación del hombre a la realidad que le rodea, ha contribuido a completar una visión del mundo que había permanecido incompleta durante muchos siglos y que sólo en los más recientes ha recibido un enriquecimiento sustancial que ha permitido al hombre ver el mundo de un modo completo y congruente.